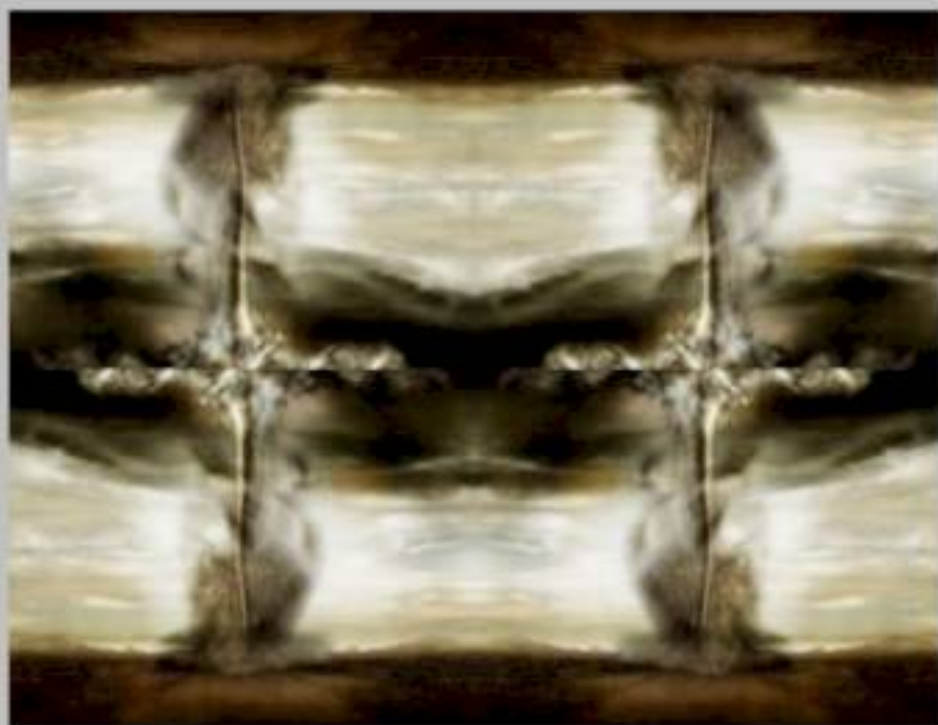


# EL OJO DEL HURACÁN



BERTA SERRA MANZANARES

A mediados del siglo XIX, mientras crece la demanda del consumo de azúcar, Cuba vive una época de esplendor y riqueza, y cientos de catalanes parten hacia La Habana. Pero las grandes fortunas no se hacen con la caña de azúcar. El dinero fácil se hace con la compraventa de seres humanos. Ésta es la realidad de *Los ojos del huracán*, la trata de esclavos se convierte en el eje de sus vidas y las reglas peculiares que rigen la economía y sociedad cubanas se transforman en sus reglas. Junto al deseo de riqueza, cada personaje esconde otra pasión. Mientras tanto, la Historia sigue su curso. El abolicionismo, el independentismo y la guerra van creciendo en la isla con la fuerza de un huracán, y las grandes fortunas abandonan Cuba y recalán en Barcelona, donde los antiguos negreros se introducirán en la alta sociedad, contribuyendo al crecimiento y modernización de la ciudad. La alternancia de voces narrativas hace de esta obra una novela polifónica. Novela de aventuras, histórica, feminista, amorosa, social, *Los ojos del huracán* retrata uno de los momentos más apasionantes de la historia de España y vierte su mirada sobre un tema controvertido y olvidado de la vida en las colonias: la trata de esclavos.

Para Juani

## Capítulo 1

—¡S'ehtá hundiendo L'Habana! —grita César, desesperado. Pero el mundo ruge de un modo que espanta y yo casi no oigo al negro. La tierra tiembla como si estuviera siendo desplazada fuera de su eje. El mar embiste enfurecido. Diluvia. Todo, alrededor, es viento, trueno y agua. Tejas, tablones, ramas, muebles... vuelan por doquier entrechocando. ¿Adónde se fue la luz del día?

—¿S'ehtá hundiendo L'Habana, amo Conrado? —repite el negro preguntando, como dando por supuesto que el amo es sabio y en su sabiduría puede explicar lo inexplicable. Pero yo estoy colgado de una puerta, la misma que hace sólo un instante estábamos afirmando entre los dos, luchando contra el viento, me aferró con las dos manos para no salir volando. No sé qué responderle al negro. Reza, César, le digo; y lo veo agitarse bajo los cascotes, veo el terror en sus ojos, la sangre en sus manos y rostro, y siento que el pánico me moja los pantalones. No es la lluvia. No es el agua del mar, no, el líquido caliente que me corre por los muslos. ¡Ayúdanos, Dios mío!, imploro. ¡Padre nuestro que estás en los cielos ten piedad de nosotros!

—¡Aguanta, César! —grito a pleno pulmón aunque sé que el negro no va a oírme porque el mar, la lluvia y el viento aúllan como diablos—, ¡pronto vendrán a salvarnos, reza y aguanta! —La lluvia es de agujijones. Está salada. El viento y el agua no me dejan respirar. Me ahogo.

El techo de la casa se ha venido abajo arrastrando el suelo del primer piso y a César con él. Milagrosamente, la pared del dormitorio ha resistido el embate y sigue en pie.

Suya es la puerta que me ha salvado la vida. ¡Aguanta, Conrado, no desfallezcas! Cuando la tormenta amaine alguien acudirá en nuestra ayuda. Por suerte, la escalera también ha resistido. Eso facilitará la tarea de quienes vengan a rescatarnos. ¡Las mujeres! ¡Gracias a Dios que las mujeres están en Artemisa! Tierra adentro, el ciclón no puede estar siendo tan severo como en la costa.

La puerta cruje. Con cada nueva racha de viento parece que vaya a salirse de quicio. Me balanceo, bailo en el vacío como un muñeco, los golpes me hieren las rodillas. Siento los dedos como garfios clavados en la madera. Tengo un dolor de fuego en el hombro izquierdo. La lluvia me acribilla a ráfagas violentas. ¿Qué hemos hecho para que Dios nos castigue de esta forma? Se me aflojan las tripas. Veo los ojos desencajados del negro mirándome con horror. Veo la bañera —la bañera de Clara— estrellada junto a la mesa de la cocina. La cama matrimonial ha volado al patio. Junto a César hay un pez enorme boqueando, más allá, el timón de un barco y otro pez. El mar, enloquecido, entra y sale por todas partes. Las olas amenazan con alcanzar a César. Una goleta se hunde frente a la casa. ¿Cómo puede un barco estar tan cerca? Imagino los gritos de los desesperados que se agolpan en cubierta. ¡Ayúdalos, Señor!, pido. Imagino a los marineros ahogándose, traídos y llevados por las olas, golpeados por las tablas y aparejos. Quizá todo esto sólo sea un sueño, deseo. Lluve de lado. Es tan fuerte el viento, tan violento, que la lluvia se ha vuelto horizontal y hierde como una descarga de alfileres. Un pájaro, un gorrión, me golpea el pecho, se estampa contra mi camisa, cae, me duele, deja una mancha roja y parda, un rodal de plumas que la lluvia salada limpia en un instante. No puedo respirar. El agua y el viento no me dejan. No puedo mantener abiertos los ojos. El viento me aspira. Las nubes pasan veloces, tan bajas que podría tocarlas con las manos. Relámpagos extrañamente amarillos iluminan el cielo. Si resisto pasará lo peor. Unos minutos. Sólo unos minutos y poco a po-

co vendrá la calma. De repente el mar crece hasta alcanzar la altura del dormitorio. La marea embiste la puerta salvadora y me golpea con tanta furia que estoy a punto de perder el sentido. La puerta resiste la acometida, pero yo no. Cuando el agua se retira lo hace con tanta fuerza que me arrastra. No puedo sujetarme. Se me sueltan las manos. Se me aflojan los brazos. Entonces, abro los ojos, abro la boca, respiro hondo, me dejo ir. Trago agua. Me atraganto. Trago más agua. Me dejo ir. ¡No te rindas, César!, le pido a Dios mientras me siento transportar en volandas por el agua, bajo el agua. Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...

La madrugada del día 11 mi hermanita Elisa estaba durmiendo en la cama de mi mamá cuando se sintió un terremoto.

—Levanta, m'hijita, que Yemayá 'tá nojá y mueve la tierra. —Mamá Benilde la sacudió para sacarla del lecho. En éstas, entró la Niña Clara llorando y se metieron las tres juntas debajo de la cama. La oscuridad, el bramido del viento y el fragor de la lluvia daban miedo. Los animales aullaban. Todo sonaba y crujía. Permanecieron allí abrazadas durante horas, rezando para que el mundo no se acabara.

Y cuando el viento dejó de oírse y salieron a ver, ¡qué lástima, Vilgensita!, se santiguó mi mamá. Por detrás de la casa, la arboleda y los campos daba pena mirarlos, y por el lado del batey todo estaba inundado o caído. ¡Si aquello parecía el fin de los tiempos! ¡Si no sabía una adonde mirar para encontrar algo que se tuviera en pie o no fuera una vista del infierno!

Como se había derrumbado el barracón, los negros salían de entre las ruinas arrastrándose y gritando, y huían despavoridos chocando con los animales que volaban y co-

rían de un a otro del batey, por donde pasaba un río de agua. Por todas partes se veían ramas, escombros y carretas volcadas. Las construcciones de guano habían volado enteras y se había hundido una parte del tejado de la fábrica, aunque sin dañar la máquina de vapor ni el tren mecánico, informó Bonaparte, que en cuanto pudo hizo recuento de los daños: tres negros con una pierna rota cada uno, una negra con dos costillas quebradas, otra que estuvo a punto de perecer ahogada y del susto no podía moverse, y el resto de los negros todos con contusiones porque se les había caído encima el techo del barracón. Además, se habían perdido dos bueyes, una muía, cuatro cabras, un ternero y un puerquito, y casi todos los pavos y gallinas. En el porche mismo, delante de la puerta de la casa principal, había dos pollitas estampadas contra el suelo. Se conoce que traídas por el viento, aunque parecía que hubieran querido entrar a refugiarse a la casa. El puerquito estaba encajado en las ramas del flamboyán, que se había quedado sin una sola hoja, crucificado como un eccehomo. Suerte que la caña se salvó, porque al estar casi en sazón para la molienda el viento la halló medio acostada y tronchó poca.

Gracias a Dios, en todo el término de Artemisa sólo hubo un muerto, una niña blanca que pereció al ser arrebatada de los brazos de su padre por una ráfaga de viento. Pero los heridos y contusos, las personas con piernas y brazos partidos y los enfermos que habían empeorado por haberse mojado no se podían contar. En el pueblo los daños no habían sido menores que en el ingenio. Hasta la iglesia había sufrido destrozos importantes.

Como con la tormenta habían desaparecido todos los caminos, se tardaron dos días en tener noticias del exterior y cinco en poder viajar. Retenida en La Mercé, la Niña Clara estaba desesperada. Las noticias que llegaban de La Habana eran muy desalentadoras. Se hablaba de decenas, de cientos de muertos y nadie sabía dar razón ni del amo Conrado ni de César. Fue don Horacio Anglés quien les comu-

nicó, cuando por fin pudieron ellas regresar a la ciudad, que el amo había muerto y que César, que había salvado la vida de milagro, estaba refugiado en su casa.

—A tu pobre marido —le dijo don Horacio a Clara tomándola de la mano y abrazándola— lo encontramos dos días después del ciclón en la playa de Casablanca. Hubo que enterrarlo enseguida, Niña. No pudimos esperar que volvieras porque el cuerpo estaba destrozado.

—¡Vilgensita de Regla, qué tragedia má grande! ¡El amo ahogao en el mar y nosotra' en la Melcé, inorante' de su dehgrasia! —lloraba mi mamá mientras encendía una vela por el amo Conrado ante una imagen de Cristo crucificado prestada por don Horacio, porque su caja de los santos, con toda su colección de estampas sagradas, se la había llevado el aire.

Los que no hayan presenciado estas tormentas de las Américas no pueden formarse una idea aproximada de ellas.

Unos días después del cataclismo *El Faro Industrial de La Habana* publicó un monográfico sobre el huracán. Según el periódico, más de trescientos huracanes habían azotado la isla desde la llegada de los españoles, veinte de ellos, al menos, muy severos; pero ninguno como el que fue bautizado con el nombre de San Francisco de Borja y dejó la ciudad como una plaza saqueada por las hordas de Atila, aquel instrumento de la ira de Dios.

Como la mayor parte de las tormentas tropicales, también ésta se originó en el Atlántico, sobre el mar de las Antillas, y, tras azotar levemente las islas orientales, se encaminó hacia el norte, camino de Bahamas y Florida. Pero en las Bahamas vientos encontrados la hicieron retroceder y aumentaron su fuerza transformándola en un huracán violentísimo que, devuelto al sur, arrasó Cayo Hueso y atravesó la parte occidental de Cuba asolando La Habana entre los días 10 y 11 de octubre, tras de lo cual se adentró en el golfo de México, bordeó la península de Yucatán y se enca-



minó de nuevo a La Florida para seguir su rumbo natural a lo largo de la costa oriental de los Estados Unidos.

En Charleston, por ejemplo, este cambio de rumbo se apreció con toda claridad: el día 10 empezó en la costa de Carolina un recio temporal que amainó inesperadamente, y no fue hasta la noche del 12, cuando el ciclón volvía de regreso, que se sintió allí con gran violencia.

En La Habana, el día 10 por la mañana comenzó a bajar el barómetro con rapidez hasta las cuatro de la tarde. A las nueve de la noche la presión atmosférica seguía bajando, aunque más pausadamente. No había nadie que no supiera que el fortísimo viento que soplaba era el principio de un ciclón. En el transcurso de la noche el viento fue tomando incremento y los chubascos fueron siendo más fuertes hasta que a las cinco de la mañana del día 11 el barómetro comenzó un nuevo descenso acelerado. A las seis era ya una tormenta violentísima que encrespaba el mar y hacía volar techos y puertas. A las siete era aún mayor. A las ocho parecía que la cólera de Dios hacía venir el mundo abajo. A las nueve sobrevino una extraña calma, desmentida a los pocos minutos por nuevas y vigorosísimas ráfagas de viento que se sucedían sin el menor intervalo abatiendo los corazones y haciendo temer a todos por sus vidas. A las once y media, sin embargo, el viento empezó a amainar y el barómetro a subir, y a las nueve de la noche la calma era completa e incluso brillaban algunas estrellas en el cielo. Con el amanecer del día 12 se vio el desolador aspecto de La Habana y su bahía: cajas de mercancías flotando, buques desarbolados y estrellados contra los muelles, iglesias caídas, árboles arrancados, edificios derruidos y escombros por todas partes.

Tras describir el catastrófico cuadro de la ciudad en ruinas, el suplemento de *El Faro* hace balance de los muertos y heridos deteniéndose en los casos más tristes, entre ellos, la tragedia vivida por don Conrado Grau y su esclavo César: a consecuencia de las fortísimas ráfagas de viento que

hacia las 10 de la mañana siguieron a la engañosa calma sobrevenida durante el paso del ojo del huracán, el techo de la casa donde habitaba don Conrado Grau Pous, en la Calzada de San Lázaro, se derrumbó sobre el suelo del piso alto de la vivienda, donde a la sazón se hallaban el señor Grau y un esclavo suyo, de nombre César, afirmando una puerta. El piso vino al suelo, cayendo el negro y quedando sepultado bajo los escombros, y es verdaderamente un milagro que no pereciera en el acto. Mientras que Grau pudo sujetarse a la puerta y quedó colgado de ella, donde resistió valientemente hasta que una ola de mar lo arrebató. Tras haber presenciado cómo su amo era llevado por el mar, César, que había quedado con una mano libre, pudo, con infinitos trabajos y casi exánime, ir separando las piedras hasta lograr salir del todo de entre aquellas ruinas; aunque en un estado verdaderamente lastimoso. El día 13 don Conrado Grau apareció ahogado en la playa del pescante de la Pastora en Casablanca, con el cuerpo desnudo y devorado por los animales. Mientras la viuda de Grau, doña Clara Martí Pous, que durante los días del huracán se hallaba en el ingenio que su esposo poseía en el pueblo de Artemisa, regresaba a La Habana, el negro César fue socorrido por don Horacio Anglés, presidente del Círculo Catalán y de la Sociedad de Beneficencia de naturales de Cataluña.

El amo Conrado había llegado a La Habana en 1834 como agente comercial de la casa Eusebio Arumí y Cía. de Barcelona. Sácale beneficios o liquídala, fueron las órdenes recibidas de don Eusebio cuando Conrado Grau aceptó hacerse cargo de la sucursal en Cuba. Y como no estaba dispuesto a liquidarla, porque ello hubiera supuesto su regreso a la metrópoli, el amo, que no fue amo de nadie hasta que cansado de vivir solo en un cuarto de alquiler compró

a la que sería mi mamá, una esclava criolla de dieciséis años llamada Benilde, puso todo su empeño en renovarla.

Al cabo de un año, la filial cubana de Arumí y Cía. había abierto oficina propia en el puerto y controlaba el sesenta por ciento de la importación de telas de algodón y seda catalanas a la colonia. Poco después, Conrado se asoció con la casa Boulton de Londres y recibió un crédito de dos millones de reales con el que adquirió un clíper construido en Long Island y entró en el negocio de la exportación de azúcar de caña.

No abundaban en la bahía buques tan modernos como aquél: ciento diez toneladas, el casco en forma de flecha y los mástiles inclinados; espejos, vitrinas de satén, biblioteca, alfombras de Bruselas y cortinas de Damasco en los camarotes; un mercante con los lujos de un yate y veloz como un rayo. El clíper de Arumí, que fue bautizado con el nombre de *Barcelona*, partía hacia Nueva York o Londres cargado de azúcar y si el tiempo le era favorable en dos meses regresaba a La Habana con armas, maquinaria, bacalao o repuestos industriales que el amo vendía a los criollos propietarios de ingenios, a los negreros o a la compañía del ferrocarril. Pronto la casa comercial Arumí y Cía. contó entre las principales de la colonia, y cuando Julián Zulueta rechazó la opción de Martín Rodríguez y escogió a Eusebio Arumí como administrador de sus negocios en Barcelona, Conrado Grau fue nombrado socio. Las cosas no podían ir mejor. En seis años, la empresa poseía una flota de tres buques, participaba en varios ingenios azucareros, tenía almacenes en el puerto y, a través de Boulton, especulaba en la bolsa londinense. Pero el joven Conrado no había venido a Cuba con el único propósito de enriquecer a la casa de comercio para la que trabajaba desde los once años. Como todos los que emprendían la aventura americana, él también abrigaba el sueño de hacerse rico.

En una pelea de gallos, cuando llevaba sólo unos meses en La Habana, Conrado le había ganado a un asturiano lla-

mado Ramón Echevarría el ingenio azucarero *Virgen de Covadonga*. El *Covadonga*, cuyo nombre el amo cambió por el de La Mercé en honor a la patrona de Barcelona, era una plantación pequeña, de diez caballerías de extensión y con una dotación de cuarenta esclavos y veinte yuntas de bueyes que producía doscientas cajas de azúcar al año. Demasiado poco para hacerse rico. La suerte de Conrado fue que junto con el ingenio ganó a Sandro Bonaparte, el capataz de Echevarría. Aconsejado por Bonaparte, el amo amplió La Mercé adquiriendo o arrendando terrenos colindantes hasta alcanzar las quince caballerías, compró esclavos nuevos y sustituyó el trapiche original por maquinaria de vapor. En pocos años la cosecha de caña de La Mercé alcanzó una producción de mil cajas anuales de azúcar que se vendían en Londres gracias a los barcos de Arumí y Cía. En consecuencia, la fortuna personal del amo Conrado creció y él se fue haciendo un nombre en los círculos de influencia habaneros. ¿Cómo seguir, pues, viviendo con su negra y la hija de ambos en un cuartucho arrendado?

Un habanero de pro —y él iba siéndolo y lo sería aún más— necesitaba una casa digna. Sólo así podría escribir a Barcelona y cumplir la promesa de matrimonio que había dejado hecha al partir. Ni por asomo se le pasó a Conrado por la mente la idea de romper la palabra dada a su tía Lola y si por un momento contempló la idea de casarse con Benilde, que tan feliz lo hacía, y vivir con ella y con su hijita Elisa para siempre, la descartó en menos tiempo del que se tarda en aplastar una mosca. Hay que hacer lo que hay que hacer, decía Conrado. Si había que comprar un barco, se compraba; si había que hipotecarse y comprar una máquina de vapor para modernizar el ingenio, también se hacía; y si para casarse con una prima a la que no había visto en años tenía que construir una casa e hipotecarse por segunda vez, pues se hipotecaba y la construía.

Vivir extramuros en casas confortables de estilo americano —los llamados chalecitos— era, en los últimos tiem-

pos, la aspiración de todos los ricos de La Habana. La ciudad vieja, constreñida por la muralla, se había quedado pequeña, las calles eran demasiado estrechas e insalubres, y los inmuebles eran caserones vetustos carentes de todas las comodidades y avances de la vida moderna. Él quería para su prima Clara una vivienda a la moda, con aljibe y agua corriente que llegara a cualquier parte de la casa, con una cocina de hierro como las que venían dibujadas en las revistas, con grifos y, sobre todo, con una cabina de aseo y una bañera. Consultó a su amigo Horacio Anglés y éste le indicó que la Calzada de San Lázaro, que recién se empezaba a urbanizar, era un lugar perfecto para él. El mismo don Horacio le recomendó a un ingeniero de Virginia y le mostró los catálogos donde se podía comprar cualquier cosa por correo en los Estados Unidos, desde una tubería de plomo hasta una cama matrimonial digna de una reina. Una vez la casa terminada —aquella casa grande y moderna que había de llevarse el huracán—, se mudó a ella con Benilde y la niña, y por insistencia de mi mamá acabó comprando otro esclavo. Ahora que vivían tan lejos necesitaban un criado y una volanta, se quejaba mi mamá. Ella sola no podía encargarse de la niña, de la compra, de la casa y de él. Pero a Conrado comprar seres humanos como se compran una muía y un quitrín le repugnaba. Sólo de pensar en visitar el mercado de negros ya le dolía el estómago. ¿Es que acaso no recordaba que a Benilde también la había comprado y que tenía casi sesenta esclavos en La Mercé? Sí. Pero Benilde era otra cosa, ella se metía en su cama, era la madre de su hija y la quería, nunca pensaba en ella como en su esclava. Por otra parte, ¿quién era él para juzgar la forma de vida y la economía de un país? Tenía esclavos en La Mercé porque no podía ser de otra forma. Criados, campesinos, empleados, esclavos, ¿no eran todo lo mismo? Lo que él no haría nunca, lo que nunca haría así tuviera que pasarse la vida hipotecado, era dedicarse a la trata. En vano algunos comerciantes y ricos hombres —Horacio An-

glés y Zulueta entre ellos— le insistían en fletar el *Barcelona* para viajar a las costas de África en busca de carbón fresco. Una cosa era tener esclavos como en otras partes del mundo se tenían criados o braceros, y otra bien distinta enriquecerse comerciando con seres humanos. Animado por estos pensamientos, un sábado por la mañana Conrado visitó por fin el Campo de Marte y compró una mula, un quitrín y a mi papá, un esclavo doméstico llamado César que había sido calesero de don Emilio Cienfuegos en Matanzas. Pocos días después, mandó una carta a Barcelona presentándose como un buen partido y renovando la palabra de matrimonio dada a su prima Clara siete años atrás.

Sin embargo, no se gana influencia sin hacer enemigos. Que Grau le quitara la representación de Zulueta, enfureció a Martín Rodríguez. ¿Qué se había creído aquel novato? Peor aún, ¿en qué estaría pensando cuando le permitió, sin apenas oponer resistencia, hacerse con el textil catalán? Tenía que haberle parado los pies entonces, haberle enseñado quién era él, explicarle las jerarquías. Nadie, nunca, le había arrebatado impunemente dos negocios tan prósperos. Los jóvenes de hoy no respetaban nada. Él era amigo de Tacón. Dos veces por semana desayunaba en la mesa del capitán general. Dos veces por semana el Gobernador le confiaba sus planes, le consultaba sus dudas, le pedía consejo mientras paseaban juntos hasta el castillo de la Punta porque a ambos les gustaba mirar el mar, ver romper las olas y recordar la Patria. Quince años le había costado ser quien era, llegar a donde estaba, ser respetado y temido por sus influencias. ¿Iba a permitir que un recién llegado se riera de él en sus barbas, que creyera que podía hacer lo que le venía en gana? ¡Quince años!, ¡quince!, habían pasado desde que desembarcó más pobre que una rata y empezó a vender vinos a granel por las calles, arrastrando una carreta como si fuera un mulo, descalzo y hambriento, más solo que la una. Tan solo que por las noches, cuando se tumbaba en el jergón, lloraba de pena añorando una cari-

cia de su madre, pensando en sus hermanos, que seguían en Cádiz, que pescaban boquerones con su padre, que vivían en una casilla frente al mar, en la bahía. ¡Cuántas veces le había hablado a Tacón de su madre, de cómo se oía el mar, por las noches, desde la casilla de tablas construida por su padre, de su hermana Pilar, que se comía los boquerones crudos, de la abuela María, que había perdido la cabeza y lo llamaba Pedro porque lo confundía con su hijo mayor, aquel tío suyo que se ahogó un día que soplaba poniente! ¿Y ahora venía un jovencito y le quitaba a Zulueta y no iba a hacer nada? Martín Rodríguez pensó en La Mercé y tuvo otro acceso de ira. Escribió una carta intimidatoria comunicándole a Grau que ciertas tierras arrendadas por él al conde de Artemisa le pertenecían y que estaba dispuesto a vendérselas. No era verdad ni mentira, de hecho, llevaba años litigando con el conde por la propiedad de aquellas cuatro caballerías. Dobló la carta, la metió en un sobre y llamó a un esclavo. Si Grau quería guerra, tendría guerra.

El amo Conrado hizo caso omiso de sus amenazas. Le respondió que no se hallaba en aquel momento en situación de comprar las tierras, aunque estaba dispuesto a seguir cultivándolas, y fue a quejarse al conde, quien le aseguró que las tierras eran suyas y no de Rodríguez. Días después, un abogado de Martín Rodríguez instó al amo a que comprara o renunciara a sus derechos de arrendatario, y como él mantuvo la negativa una cuadrilla de negros de Rodríguez irrumpió en los campos arrendados y recolectó la caña, que ya estaba a punto para la zafra. Conrado apeló de nuevo al conde y éste promovió un interdicto que fue resuelto a su favor. Pero el gaditano, fiado en que sus amistades habían de tener más peso que las leyes, siguió entrando en los campos de La Mercé y saqueando los cultivos. Por fin, el conde de Artemisa denunció a Rodríguez ante el Juzgado y el caso se llevó a los tribunales. En el juicio, al que Conrado compareció como testigo de cargo, el juez sentenció a favor del conde y obligó a Rodríguez a pagar